

Conmemorar sin travestir

La guerra de 1914-1918 como gran acontecimiento

Antoine Prost

En la historia de las sociedades, incluso en la historia mundial, existen grandes acontecimientos que interrumpen el curso normal de los trabajos y los días, que provocan cambios cruciales en los ámbitos más diversos y señalan el umbral entre dos períodos de relativa estabilidad en los que se tiene la sensación de que no ocurre nada: son las revoluciones y las guerras. La revolución de 1789 nos hizo pasar del Antiguo Régimen a la sociedad moderna; la guerra de 1914, del siglo XIX al XX. La importancia de estos grandes acontecimientos explica y justifica por sí sola que sean conmemorados.

Para preparar, coordinar e impulsar la conmemoración del centenario de la Primera Guerra Mundial, el gobierno ha creado una misión que incluye un consejo científico. Reúne a historiadores reconocidos, franceses o extranjeros, respetando la diversidad del ámbito disciplinario y sus tendencias, así como a representantes del mundo de la cultura, museos, archivos, medios de comunicación y responsables de las instituciones concernidas por las manifestaciones conmemorativas que van a organizarse. Pero es un órgano consultivo. De ningún modo le corresponde definir el sentido que las autoridades políticas quieran dar a las manifestaciones que señalarán el centenario. Por lo tanto, no procederé aquí a definir los mensajes que me parecería importante dirigir a la nación. El Consejo se limita a cumplir una doble función: una función de impulsor y coordinador de los actos que se anuncian, por ejemplo, los numerosos coloquios o exposiciones que se están preparando; y una función de vigía, para evitar que la conmemoración caiga en discursos simplistas, exageraciones o, peor aún, en interpretaciones contrarias a lo que se da por sabido en un campo que una historiografía francesa, y más aún anglosajona, especialmente productivas, han explorado en sus múltiples facetas.

UNA GUERRA MUNDIAL

Una primera deriva consistiría en reducir la Gran Guerra a un conflicto entre Francia y Alemania. Al ser este un aspecto en efecto esencial, el riesgo es elevado. Tras la guerra de 1870, Francia y Alemania se veían como enemigos históricos. La guerra de 1914-1918 la incluimos en una serie cronológica que va desde 1870 hasta 1940, y en la que constituiría el episodio principal de un mismo conflicto reanudado en tres ocasiones. Paradójicamente, la larga historia del acercamiento entre Francia y la Alemania Federal, de la Declaración Schuman de 1950 al apretón de manos de Verdún de 1984, pasando por el pacto De Gaulle-Adenauer, ha reforzado la interpretación de una Gran Guerra como un enfrentamiento entre estas dos naciones: se reconciliaban porque antes se habían enfrentado de forma despiadada. La importancia que hoy se concede a la «pareja» franco-alemana, por evidentes razones políticas, repercute en la lectura que hacemos de la guerra de 1914.

Pero esta no es la única razón de peso. Toda historia se escribe *hic et nunc* en un contexto dado y los historiadores difícilmente pueden escapar a su cultura y su lengua. Es impresionante el grado de penetración de los puntos de vista nacionales en las historias de la Gran Guerra. La guerra se desarrolla en gran medida en territorio francés; el armisticio y la paz se firman en Francia. Por ello, los franceses sienten que se trata de «su» guerra y que ellos la ganaron. Por decirlo claramente, ven en la guerra una justa victoria obtenida con extraordinarios sacrificios que dejaron a su país exhausto. Los británicos, que no tenían un interés en juego tan directo, y cuyo ejército se componía de voluntarios hasta 1916, no lo ven del mismo modo; se preguntan sobre el sentido de su participación en esa guerra absurda. David Stevenson abre su libro sobre los objetivos de guerra franceses diciendo: «Para las generaciones que siguieron, la guerra de 1914 aparece ante todo como un claro ejemplo de absurdidad (*futility*)»,¹ una afirmación inconcebible para un historiador francés.

En pocas palabras, cada país tiende a privilegiar en su recuerdo de la guerra los episodios que le afectan más directamente. *The Week* en su número del pasado 20 de enero explicaba que tras los motines en el ejército francés fueron los británicos y los australianos los que con gran esfuerzo rechazaron las ofensivas alemanas de la primavera de 1918, sin mencionar para nada a Foch o a los reservistas franceses. Cada país ve la guerra como «su» guerra, así que no debe sorprendernos que David Cameron, en su discurso del 11 de octubre de 2012 sobre la conmemoración del centenario de 1914, muy atento a no olvidar a ninguno de los actores de la Commonwealth, no mencione que esta guerra se llevó a cabo junto con Francia. Pero también la mayoría de los franceses ignoran que los británicos sufrieron grandes pérdidas en el Somme y el nombre de Passchendaele les es desconocido...

Es preciso reaccionar contra esta ceguera nacional: la Gran Guerra es una guerra mundial. Para empezar, se desarrolla en más frentes que el que atraviesa Francia. Las ofensivas rusas en el frente oriental tuvieron un papel determinante en el resultado de la primera batalla del Marne así como en la de Verdún. El desembarco al pie de los acantilados de Gallipoli, las campañas en Palestina, Mesopotamia o Macedonia, tuvieron su importancia estratégica. La derrota italiana en Caporetto impulsó los planes militares aliados.

Hombres del mundo entero se enfrentaron en los campos de batalla occidentales. El cuerpo expedicionario británico contaba con soldados de todos sus dominios que así demostraban su identidad nacional. Entre los 8,4 millones de hombres movilizados en Francia había cerca de un 6% de «coloniales»: 260.000 de África del Norte, entre ellos 176.000 argelinos, y 215.000 de otras colonias, entre ellos 136.000 senegaleses. La legión extranjera contaba con más de 15.000 hombres. Además, un ejército checo se asoció al francés y dos brigadas rusas combatieron en el sector de Reims, principalmente, donde un cementerio militar exclusivo acoge a sus muertos. Los ejércitos aliados que combatían en Francia eran especialmente abigarrados.

El saldo de pérdidas humanas confirma la diversidad de los combatientes. Ciertamente, el de los principales países beligerantes es especialmente devastador: Francia (1.400.000, de ellos, 71.000 «coloniales»), Reino Unido (761.000), Italia (600.000) y los cuatro imperios: Rusia (2 millones), Alemania (algo más de 2 millones), Austria-Hungría (1.457.000) y el Imperio Otomano (772.000, de los que 400.000 murieron de enfermedades o por agotamiento). Pero los dominios pagaron un enorme precio: incluyendo Gallipoli, 60.000 australianos, todos voluntarios, y 16.000 neozelandeses murieron en la guerra, al igual que 61.000 canadienses, 54.000 indios y 7.000 sudafricanos en el frente occidental. Los Estados Unidos, que entraron en la guerra más tarde, perdieron casi 90.000 hombres en los campos de batalla de 1918. La Bélgica invadida lamentó la muerte de 38.700 soldados y Grecia 26.000. Si se puede sacar alguna conclusión de esta siniestra contabilidad es que, en total, de los diez millones de soldados muertos en el conflicto, los franceses y alemanes tan solo representan la tercera parte.

Finalmente, no podemos ignorar la contribución de muchos otros países al esfuerzo de guerra. Francia y Gran Bretaña hicieron llegar desde China, vía Canadá, a 150.000 coolies que trabajaron en las fábricas de guerra o cavaron trincheras². Los franceses importaron más de 200.000 trabajadores de su imperio, de los cuales cerca de 50.000 eran indochinos. Se luchó en Togo y en Camerún para expulsar a los alemanes. En el Extremo Oriente, los japoneses se hicieron con la península de Shandong en la que se habían instalado los alemanes. Solo América Latina parece librarse del conflicto, pese a que algunos Estados habían declarado la guerra a Alemania o roto relaciones con ella. Pero los países neutrales de todos los continentes pagaron un alto precio con la guerra submarina, en especial Sue-

cia y Noruega. En resumen, la Gran Guerra dejó cicatrices en todo el mundo. No, no se reduce en absoluto a un simple enfrentamiento entre Francia y Alemania.

Por lo tanto, el centenario de 1914 en Francia no puede ser una conmemoración puramente francesa. Delegaciones oficiales, así como simples visitantes de todos los rincones del mundo, vendrán a los campos de batalla y a los cementerios militares del antiguo frente. De hecho, cada año miles de británicos se reúnen en Thiepval en el aniversario de la batalla del Somme para una conmemoración ignorada por las instancias oficiales en la que se cantan himnos. ¿Qué ocurrirá en 1916? Los australianos vendrán por miles a Fromelles (Norte) y a Villiers-Bretonneux (Somme), los indios a Neuve-Chapelle (Pas-de-Calais). Los canadienses están programando grandes actos en Vimy y los estadounidenses no se quedarán atrás. Los nombres de estos lugares que no significan nada para la mayoría de los franceses, resuenan en estos países como centenares de banderas ondeando al viento. Conmemorar la guerra limitándose al enfrentamiento franco-alemán no solo sería una miopía histórica, sería como decir a los extranjeros, venidos de todos los rincones del mundo para visitar las tumbas de sus muertos, que sus conmemoraciones no nos conciernen. Añadiríamos al desconocimiento de la historia, la ingratitud.

SOCIEDADES EN GUERRA

Una segunda deriva consistiría en centrarse en las operaciones militares. Muchos factores favorecen simultáneamente esta visión. El primero es evidente: la guerra se ganó en los campos de batalla. Si los aliados hubieran perdido la batalla del Marne en septiembre de 1914, probablemente la guerra hubiera sido corta y Francia hubiera sido vencida. Es lo que hace de esta una batalla importante, por otra parte: señala el inicio de una guerra larga y se comienzan a cavar las trincheras que se convertirán en el símbolo de 1914-1918. Pero hay otras razones que militan a favor de esta misma idea: las batallas son momentos fácilmente delimitables, se les puede dar una unidad de tiempo y de lugar; sabemos dónde se encuentra la cresta de Vimy, conquistada por los canadienses el 9 de abril de 1917, o el Chemin des Dames, atacado por los ejércitos franceses el 16 de abril de 1917, por no hablar de Verdún o Gallipoli. Es fácil que la conmemoración se aferre a los territorios y las fechas. En definitiva, las batallas son el momento de las grandes hecatombes: los franceses no olvidan los 160.000 muertos de Verdún, ni los del 16 de abril de 1917, y a los británicos aún les atormentan los 60.000 muertos y heridos del 1 de julio de 1916. Si bien hay que ser cautos con las confusiones que unen muertos con heridos para difundir en internet un balance de 700.000 muertos franceses y alemanes en Verdún, o que llevan a decir al primer ministro británico que hubo 200.000 muertos en un día en la batalla del Somme, la exageración es testimonio del alcance del traumatismo. Es un llamamiento a la conmemoración.

Sin embargo, si nos limitáramos a la historia militar, o al culto a los muertos, nos condenaríamos a no comprender la Gran Guerra en absoluto: se enfrentaron las sociedades, movilizadas en su conjunto, y fueron las sociedades las que ganaron o perdieron esta guerra. Por eso fue tan larga, dicho sea de paso. La incorporación a filas de millones de hombres dejó el trabajo productivo en manos de mujeres, niños y ancianos. Desde agosto de 1914, fueron ellos quienes terminaron de cosechar y se encargaron de las explotaciones agrícolas. En aquella época se trataba de un trabajo de fuerza. No había tractores y labrar exigía fuerza física para hundir el arado que arrastraba el tiro. Muchos caballos habían sido requisados, en especial para la artillería, así que escaseaban en las granjas, y no siempre era posible sustituirlos por bueyes. Voltear el heno, cargarlo en la carreta con ayuda de la horca, subirlo al granero, no solo eran trabajos inhabituales para una mujer, eran tareas agotadoras. Lo mismo ocurrió en el comercio y el artesariado, aunque muchos talleres tuvieran que cerrar.

Pronto se hizo patente que con los ejércitos compuestos por millones de soldados la escala aumentaba considerablemente. A partir del 24 de septiembre de 1914, el gobierno francés comenzó a demandar a los industriales que le proporcionaran 100.000 obuses de 75 por día. Entre marzo de 1917 y marzo de 1918, la producción *diaria* de obuses fue de una media de 261.200 en Francia, 229.000 en el Reino Unido y 42.600 en Italia. Los tres países juntos producían cada día 10.000 fusiles y 324 ametralladoras³. Estos impresionantes resultados exigían una movilización total. Para cubrir la falta de mano de obra causada por el reclutamiento en la industria de guerra se enroló a jóvenes y a mujeres, pese a que centenares de miles de soldados habían sido puestos a disposición de las fábricas. Muchas de estas mujeres trabajaban ya antes de la guerra, sobre todo en el textil, por lo que hay que evitar las simplificaciones injustas que dicen que la guerra permitió a las mujeres trabajar: muchas ya lo hacían. Otra cosa es que los cambios en el trabajo fueran significativos. Las fábricas de armamento trabajaban por la noche. En todas partes, las jornadas de trabajo se alargan hasta las diez incluso doce horas sin descanso dominical, o con un domingo libre de cada dos. Se alcanzan las 60 y a veces las 77 horas de trabajo semanal.

La guerra no solo modificó el reparto de las tareas, también provocó penurias. La prioridad que se daba a las fábricas de armamento se extendió a las necesidades de los soldados, y hacían falta toneladas de pan, carne, legumbres –en Francia también vino– para los soldados; decenas de miles de pares de zapatos, uniformes, lonas para tiendas, maderos para apuntalar los refugios. Estos bienes consumidos en el incendio del frente, escaseaban más o menos para la población civil. El ferrocarril debía transportar en primer lugar las municiones, a los heridos y a las tropas, lo que desorganizaba la producción. Puesto que el carbón se destinaba en primer lugar a las fábricas de armamento, los civiles también sufrieron el frío del invierno, debido a la escasez de combustibles, porque los inviernos de la guerra fueron crudos: en febrero de 1917, las gabarras estaban bloqueadas en

la barrera de hielo del Sena en París. En Berlín era aún peor. En todos lados se impusieron restricciones y cupos a la población.

No se aprecia lo suficiente hasta qué punto las penurias y las restricciones agravaron los sacrificios de las poblaciones. En los países aliados el racionamiento crea interminables colas en las puertas de las tiendas de comestibles que duran hasta tres o cuatro horas, y a veces sin éxito porque las mercancías ya se han agotado. ¿Cómo pueden las mujeres que trabajan diez u once horas en la fábrica encontrar tiempo para hacer la compra? Por este motivo en Gran Bretaña estallan huelgas los sábados por la mañana; se puede ver a maridos que dejan el taller para ir a relevar a su mujer en la cola. En Francia en 1917, para evitar desorganizar la producción, se llega al acuerdo de conceder a las obreras la tarde del sábado libre. Y pese a todo, estos dos países pueden considerarse relativamente privilegiados; en ellos no se sufre realmente a causa del hambre ya que se importan muchos productos alimenticios. En las potencias centrales, privadas de este recurso por un efectivo bloqueo, la situación es mucho peor, sobre todo porque la incapacidad administrativa para organizar requisiciones y racionamientos favorece la aparición de un mercado negro de efectos devastadores. En Alemania al final de la guerra un tercio de la alimentación de los civiles viene del mercado negro, e incluso los ayuntamientos recurren a él para sus comedores sociales⁴. Las colas ante las tiendas, que rápidamente se vacían, acaban a veces en manifestaciones violentas, en Leipzig y en otros lugares. En Rusia, la revolución de febrero de 1917 comienza en San Petersburgo con un motín de mujeres que no encuentran pan para comprar. Morir de hambre o de frío ya no es una metáfora sino una realidad que afecta a dos millones de civiles en Europa central y balcánica.

La Gran Guerra constituyó, por lo tanto, una prueba inaudita para el conjunto de las poblaciones. Mató a diez millones de soldados en condiciones aterradoras, sembrando el dolor en millones de familias. Ocasionó sufrimientos sin precedentes a la población civil. Y, sin embargo, duró cincuenta y dos meses. De ahí la pregunta que impera en la historia de 1914-1918: ¿cómo se explica que las naciones soportaran durante tanto tiempo esta guerra?

APOGEO Y CUESTIONAMIENTO DEL ESTADO-NACIÓN

La pregunta es temible. Obliga a revisar las explicaciones comúnmente aceptadas, que no son falsas pero sí insuficientes. Los contemporáneos, al igual que los historiadores, subrayaban la unanimidad nacional en el momento de la entrada en guerra, el alineamiento de los partidos socialistas internacionalistas a la unión sagrada tanto en Francia como en Alemania. Los historiadores franceses han insistido especialmente en el papel de la escuela republicana en la formación de ciudadanos profundamente patriotas. No podemos, en efecto, negar la profundidad de ese patriotismo, si bien el entusiasmo de agosto de 1914 en Francia

fue mucho más limitado de lo que dan a entender las imágenes de los trenes de soldados. Estudios recientes han resaltado que había en realidad una parte de la población a la que, a juicio de los militares, le faltaba ese patriotismo: los obreros pacifistas en huelga en la primavera de 1918. Una cronología precisa muestra que las huelgas paran en el momento en que el ejército alemán rompe la línea del frente: los obreros quieren la paz, pero rechazan la derrota, y no quieren ser sus causantes⁵. Paralelamente en Alemania las huelgas cesan cuando Ludendorff se abre camino.

Sin embargo, el patriotismo de una nación entera unida contra un adversario que amenaza su existencia no constituye una explicación plenamente satisfactoria. Puede ser válida en parte para Alemania, que se veía cercada, o para la Francia invadida, pero no lo es tanto para el Reino Unido, que no estaba amenazado directamente. Y, sin embargo, en ningún lugar fue tan fuerte quizás la adhesión a la guerra: hasta abril de 1916 el ejército británico estuvo formado esencialmente por voluntarios; más de dos millones se presentaron voluntariamente para venir a que los mataran en las llanuras de Flandes o de Picardía. Aún lo es menos para Australia, que rechazó el reclutamiento forzoso en referéndum dos veces y envió a 330.000 voluntarios a participar en unos combates que tenían lugar a 15.000 kilómetros y dos meses de viaje en barco. No sirve tampoco para Rusia o Italia. En este último país, la entrada en guerra fue una decisión política que la opinión pública no ratificó, lo que no impidió al ejército italiano combatir, y de forma muy satisfactoria hasta Caporetto, a finales del año 1917.

Son las limitaciones de las explicaciones basadas en los sentimientos o las actitudes individuales. Lo que muestra la guerra no es, en principio, a los individuos movilizados por una causa sino la fuerza de las instituciones, la fuerza del Estado. Cuando se anuncia la movilización no hay nada que preguntarse, hay que responder. ¿Hay alguien que crea que los llamados a filas en la guerra de Argelia iban a los djebels por patriotismo? Era el Estado quien los enviaba y, salvo contadas excepciones, esta orden se ejecutó, fueran cuales fueran los inconvenientes personales y las dudas a propósito de la justicia de la guerra. Lo que prueba antes que nada la monstruosidad y la duración de la guerra de 1914-1918 es la total legitimidad del Estado-nación. Los ejemplos británico y australiano lo confirman: el Estado tiene tal legitimidad que le basta con hacer un llamamiento para ser seguido. En este sentido, la Primera Guerra Mundial corona un siglo XIX marcado por la afirmación de los Estados nacionales.

Por ello es absurdo hablar de «guerra civil europea». Lo noción de guerra civil constituye una negación de los Estados, ahora bien, la guerra de 1914-1918 es fundamentalmente una guerra de Estados-nación, de Estados a la vez totalmente legítimos para sus ciudadanos y totalmente soberanos en la defensa del interés nacional. Hablar de «guerra civil europea» no solo es anacrónico, es renunciar a comprender la guerra. Esta fórmula solo tiene sentido para denunciarla como absurda, lo que no es posible, bajo esta forma, sino a partir del momento en que

Europa tiene una existencia lo bastante fuerte como para suplantar a los Estados en las conciencias identitarias, incluso en las instituciones. Sin embargo, la idea de «guerra civil europea», por su mismo anacronismo, evoca el cambio sin duda más importante provocado por los cuatro años de guerra.

En efecto, y esta es la paradoja de esta guerra que fue posible por la total legitimidad con la que contaban los Estados, la amplitud de los duelos y sufrimientos impuestos a las poblaciones les hizo dudar de esta plena legitimidad. ¿Era justo enviar a la muerte a tantos hombres? ¿Tenía el Estado el derecho de continuar con una guerra tan aniquiladora? Todo depende de los objetivos que persiguiera. Se la acepta sin rechistar mientras se trata de defender a la patria en peligro, pero se rechaza cuando se trata de conquistar nuevos territorios. De ahí la popularidad de los catorce puntos del presidente Wilson y la inmensa decepción que provoca la paz de Brest-Litovsk, prueba de que el Reich persigue objetivos anexionistas. Los obreros austriacos no quieren continuar combatiendo para que su emperador se corone rey de Polonia.

Ahora bien, la guerra no solo engendra duelo y sufrimiento. Crea injusticias intolerables. La revuelta contra los emboscados, los *mercantis*⁶, los oportunistas de todo signo, los oficiales del estado mayor y los políticos que envían a los soldados a morir inútilmente para hacer carrera, quedándose a salvo en sus despachos, oliendo a limpio y bien alimentados, en compañía de sus mujeres e hijos, agita a los soldados y a las poblaciones. Los sacrificios serían más aceptables si se repartieran equitativamente, pero aquellos que imponen la guerra no la hacen, los que imponen los sacrificios sacan provecho de ello. El Estado no es legítimo sin ese mínimo de justicia. La campaña pacifista que recorre los países beligerantes a partir de 1917 se explica por esto: el Estado pierde su legitimidad.

Es una pérdida parcial entre los aliados. Por una parte, con sus intervenciones consiguieron mal que bien limitar el sufrimiento de la población: en Francia y Gran Bretaña no se muere por el hambre, se persigue a los emboscados y se gravan los beneficios de guerra, o al menos eso se proclama. El frente interno resistió. Pero en Alemania, en Austria-Hungría, en Rusia, la administración vacila; los cupones de racionamiento ni siquiera se pueden liquidar; los habitantes de las ciudades rastrean el campo para obligar a los aldeanos a venderles o entregarles los víveres; la policía, desbordada y desorientada, es incapaz de impedirlo. El mismo ejército se descompone, y los refuerzos que marchan hacia el frente pierden por el camino la mitad de sus efectivos. No se trata de la puñalada por la espalda, sino del hundimiento del frente interno. El Estado es incapaz de asegurar el funcionamiento normal de la vida cotidiana. Y eso para obtener una derrota. La revolución está a la orden del día.

Así pues, la guerra de 1914 cambió profundamente el orden mundial. En un primer nivel, el más visible, remodeló el mapa de Europa creando nuevos Estados: Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia; desmembró el Imperio Otomano. Dio origen a la URSS, hecho que reconfiguró toda la política internacional del

siglo XX. Igualmente, modificó los equilibrios económicos y políticos. El centro del poder económico y financiero se desplazó de Londres a Nueva York, que se convirtió en el acreedor de todo el mundo: la crisis de 1929 será una prueba evidente.

Pero, de forma más profunda, puso en tela de juicio la soberanía absoluta de los Estados. El Estado ha unido su destino a la guerra, puesto que es el único juez del interés general y de los mecanismos que le sirven⁷. La idea de «nunca más» que anima a los pueblos al finalizar la guerra conduce a la necesidad de limitar esa soberanía. Es la idea de la Sociedad de Naciones, una instancia interestatal capaz de arbitrar los conflictos entre Estados y de hacer prevalecer un derecho internacional que impedirá las agresiones y permitirá sancionar a los Estados agresores. Conocemos las limitaciones que mostró esta ambición durante el periodo de entreguerras, pero tendemos a subestimar sus éxitos. En 1926 Alemania firma el Tratado de Locarno y se integra en la Sociedad de Naciones. La perspectiva de una puesta en marcha del «protocolo» de Ginebra, arbitraje, seguridad, desarme, parece creíble. Derivar directa e ineluctablemente la Segunda Guerra Mundial de la afirmación del Tratado de Versalles de la responsabilidad alemana en el estallido de la Primera sería retomar la argumentación de los pacifistas de los años 1930, que esperaban engatusar a Hitler enmendando el tratado de paz. La temática de la guerra de los Treinta Años, igualmente desarrollada por De Gaulle por otras razones, va en el mismo sentido. Es ser muy complacientes con la crisis económica y el nazismo. Ahora bien, no se puede exonerar a Hitler de su responsabilidad en el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Esta tendrá las mismas consecuencias que la Primera, y conducirá a reemprender la construcción de un orden supranacional, con la ONU, pero con una nueva ambición nacida del horror del genocidio: ya no se trata de limitar solo la soberanía de los Estados en sus relaciones con otros Estados, sino con sus propios habitantes: es la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). La construcción europea es una realización regional de este proyecto de pacificación del mundo. Al siglo de las nacionalidades le sucede, no sin cierta vacilación, lo que me gustaría denominar el siglo de los derechos humanos.

Sería bueno que el centenario de 1914 fuera una ocasión para reflexionar a la vez sobre la legitimidad del Estado y sus límites, puesto que, en su densidad social y temporal, la Gran Guerra cuestionó profundamente la absoluta soberanía de los Estados de la que ella misma había surgido.

Traducción de Eva Montero Sánchez y Hasan G. López Sanz

NOTAS

1. David Stevenson, *French War Aims against Germany 1914-1919*, Oxford, Clarendon Press, 1982. «Futility» es en este caso intraducible: es a la vez inutilidad y absurdidad.
2. Xu Guiqi, *Strangers on the Western Front: Chinese Laborers in the Great War*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2011.
3. Gerd Hardach, «La mobilisation industrielle en 1914-1918: production, planification et idéologie», en Patrick Fridenson (ed.), *1914-1918: l'autre front*, Éditions ouvrières, 1977, p. 87.
4. Jürgen Kocka, *Facing Total War. German Society 1914-1918*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1984, y Gerald D. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918*, Oxford/Providence, Berg, 1992 [1ª ed., Princeton, Princeton University Press, 1966].
5. Jean-Louis Robert, *Les Ouvriers, la Patrie et la Révolution. Paris 1914-1919*, Besançon, Annales littéraires de l'Université de Besançon n° 592, Série historique n° 11, 1995.
6. Término peyorativo utilizado por los soldados franceses para referirse a los civiles comerciantes que vendían cerca del frente a precios abusivos. [N. de los T.]
7. Raymond Aaron, *Paix et guerre entre les nations*, Paris, Calmann-Lévy, 1984.

.....
ANTOINE PROST es profesor emérito de la Universidad París I y presidente del Consejo Científico adjunto a la comisión creada por el gobierno francés para la conmemoración del centenario de la Primera Guerra Mundial. El presente artículo se publicó en *Le Débat* 176. © Éditions Gallimard.